

canza la memoria de vuestros padres, ha hecho más por la fe de Cristo, de lo que estamos Nosotros dispuestos á hacer, con vuestro auxilio y con la gracia del Señor. Nosotros hemos venido hasta aquí, como lo veis, no sin peligro de nuestra vida, ni sin perjuicio para el Estado de la Iglesia; hemos tenido en más la defensa de la fe, que la herencia de S. Pedro y nuestra salud y tranquilidad. Y ¡oh, si tuviéramos todavía ahora las juveniles fuerzas de otro tiempo! (1) Entonces no habríais de ir á la guerra sin Nosotros, ni exponeros á los peligros sin nuestra compañía. Nosotros mismos Nos dirigiríamos allá delante de las enseñas militares; Nosotros mismos llevaríamos la cruz del Señor; Nosotros enarboláramos, frente á los infieles enemigos, la bandera de Cristo, y Nos tendríamos por dichosos, si se Nos concediera morir por Jesús. Y aun ahora, si vosotros lo creéis conveniente, no rehusaremos consagrar nuestro cuerpo enfermo y nuestro ánimo fatigado á Cristo Nuestro Señor para esta venturosa expedición. Por entre los campamentos, por entre las filas de los soldados, en medio de los mismos enemigos, queremos hacernos llevar gozosamente en una litera, si así nos lo aconsejáis, y no limitarnos á andar con espíritu apocado á caza de frases hermosas. Deliberad, pues, qué sea lo que más conviene á la causa del Cristianismo; nada objetaremos ni ahorraremos tocante á nuestro cuerpo, á nuestra persona y á nuestra hacienda.»

Al Papa, que en esta solemne é importante ocasión se había mostrado una vez más maestro de la elocuencia (2), contestóle en nombre del Sacro Colegio el cardenal Bessarión que había tomado siempre el más vivo interés en todos los asuntos de Oriente. Comenzó con un elogio del Supremo Pastor, que acababa de hablar antes de él, y expresó la pronta voluntad del Sacro Colegio para emprender la guerra contra los turcos; y con grande alarde de elocuencia cristiana y clásico-pagana, pintó las crueldades de los turcos y el peligro que amenazaba á la cristiana Religión, concluyendo con una exhortación á todos los príncipes y pueblos cristianos, por los cuales el Señor derramó su sangre,

(1) O si, quae fuerant, iuvenili in corpore vires! Voigt (III, 72) sospecha, con razón, que estas palabras están tomadas de un clásico romano, sin designarlo no obstante con más precisión. El lugar es de Virgilio, Aen. 5, 475.

(2) Pobre la elocuencia de Pío II, v. arriba p. 67; cf. Rossi Quattrocento 98.

para que, confiados en el auxilio divino, emprendieran la lucha contra los infieles (1).

Entonces los delegados manifestaron su asentimiento, y también Francisco Sforza se declaró dispuesto á corresponder á los deseos del Papa. El obispo de Trieste, que se hallaba presente en representación del Emperador, llevó su abnegación hasta oír en silencio las amargas querellas que dirigieron los diputados húngaros contra Federico III; á los cuales corrigió Pío II por esta inoportuna manifestación de sus particulares contiendas. Finalmente, la asamblea acordó por unanimidad: ¡guerra contra los turcos! Para llevar á cabo esta resolución, apeló el Papa al único expediente posible en las circunstancias que le rodeaban: no convocar en adelante ninguna otra reunión general, sino tratar particularmente con cada una de las naciones ó embajadas (2).

La primera deliberación con los italianos se celebró á 27 de Septiembre, hallándose presentes el Duque de Milán, los Marqueses de Mantua y Montferrato, el señor de Rimini, Segismundo Malatesta, los enviados del rey de Nápoles y del rey de Aragón, por razón de Sicilia, Córcega y Cerdeña, los representantes de Venecia, Florencia, Sena, Ferrara, Lucca y Bolonia (3). Después de

(1) Vast, cuya monografía es en general muy defectuosa, tiene (238) equivocadamente el discurso por inédito; fué publicado en el siglo XVIII en las *Anecdota Veneta*, 276-283, de Contarini. Además del código de la *Biblioteca nacional de París* (Fonds lat. 4154, f. 116-123) citado por Vast, noté yo todavía los siguientes manuscritos del mismo: 1. Allí mismo 12532 f. 187 ss. 2. *Roma, Bibl. Vatic.* Ottob. 1754 (Altaemps) f. 2.9-280 (incompleto), Vatic. 3526 f. 26 s. Vatic. 4037 P. 1 f. 77-81, Vatic. 5109 f. 27-33^b. 3. *Florencia, Bibl. Laurenc.* Plut. LIV Cod. 2 f. 223 ss. 4. *Dijón, Bibl.* Cod. 490 f. 29 ss. 5. *Trieste*, Coll. Rossetti n. V. Según Ersch-Gruber (IX, 298) la *Bibl. de Nápoles* (Cod. II D. 44) conserva asimismo una copia; lo que aquí se nota sobre la edición hecha por Borgia, está basado en un error. En el Cod. 4154 de la *Biblioteca Nacional*, así como en el Cod. Vatic. 5109, están aún al fin del discurso las siguientes palabras, que faltan en la edición de Contarini: «Dixi et quidem prolixius quam debueram, sed quae affectui meo id tribuendum putet tua clementia et vestra humanitas veniamque prestetis.»

(2) Cf. * Carta de Fr. Sforza de 26 de Sept. de 1459. *Archivo público de Milán* en el apéndice n. 27; Pii II Comment. 82-83; Vigna I, 952-953; Voigt III, 73; Zinkeisen II, 260 s.

(3) Pii II. Comment. loc. cit. La * Instrucción para los embajadores de Sena de 14 de Sept. de 1459 les prescribe, que representen al Papa hallarse exhausta la hacienda de la ciudad. Instruct. VIII. *Archivo público de Sena*. Sobre los embajadores de Bolonia v. *Cronica di Bologna* 731, * Ghirardacci, Stor. di Bologna loc. cit. (Cod. 768 de la *Biblioteca de la Universidad de Bolonia*) y Atti d. Emilia N. S. IV, 1, 169. También Bolonia tuvo que ser amones-

las frases de introducción del Papa, se discutió, en primer lugar, la manera de dirigir las operaciones militares. En lo tocante á la guerra marítima fué decisiva la opinión de los delegados venecianos, no obstante tomar parte en esta deliberación como personas privadas; en lo referente á la campaña que debía hacerse por tierra, Francisco Sforza fué de opinión que sería lo más conveniente tomar soldados de las regiones vecinas á los turcos; porque aquellas gentes conocían mejor al enemigo; Italia y los otros países lejanos deberían contribuir sólo con dinero. Los presentes estuvieron de acuerdo con esta proposición, y sólo Segismundo Malatesta defendió la opinión contraria. «También yo—contestó Pío II, con prudente cuidado de no herir el sentimiento nacional de sus paisanos,—aconsejaría que se tomaran guerreros italianos, como quiera que ninguna otra nación se distingue más en las armas, si otros estuvieran en situación de suministrar el dinero para la empresa. Pero sólo Italia es quien puede hacer esto; y así, para que no caiga todo el peso sobre ella, convendría que otros aprontaran los barcos y soldados. Asimismo hay que tener en cuenta, que no se puede obligar á nuestros jefes militares á pelear fuera de Italia. Aquí en nuestro país, se hace la guerra sin gran peligro de la vida, y con crecida recompensa; pero con los turcos se han de trabar sangrientos combates y la ganancia será sólo considerable para el alma; por consiguiente, es nuestro parecer que los eclesiásticos contribuyan á la guerra con el diezmo de sus rentas durante tres años, los seglares con el treintavo y los judíos con el veintavo» (1).

Contra esta proposición opusieron las mayores dificultades precisamente los representantes de aquellos Estados que disponían de más copiosas riquezas; es á saber: Florencia y Venecia (2). Estas Repúblicas propendían á Francia, que sostenía las pretensiones de los anjevinos acerca de Nápoles, y por esta causa esta-

tada para el envío de los mismos; v. en el apéndice n.º 17 el * Breve de 28 de Julio de 1459. *Archivo público de Bolonia*.

(1) Pii II Comment. 83 ss. Platina, Hist. Mant. 859. Menzel VII, 270 s. Zinkeisen II, 261 ss. Heinemann 23-24. Sobre las guerras hechas por las bandadas de mercenarios, de modo que fuesen lo menos sangrientas posible, á las que alude Pío II en su discurso, v. Blondus, Hist. Basil. 1559, 394.

(2) Acerca de la tardanza de los dos Estados en delegar á sus embajadores v. arriba p. 112 s. y p. 117 s. El próximo envío de los embajadores florentinos fué finalmente anunciado al Papa por una carta, fechada á 23 de Agosto de 1459. Cl. X. dist. 1 n. 51 f. 155. *Archivo público de Florencia*.

ban llenas de hostilidad contra el Papa; pero, sin embargo, la razón decisiva era la estrecha y utilitaria política de aquellos Estados mercantiles, enseñoreados sólo por el interés del dinero.

A 30 de Septiembre se reunió de nuevo la Nación italiana, y el Papa insistió en que todos los presentes debían suscribir de su propio puño el decreto sobre el diezmo y el veintavo y treintavo, y los únicos que se negaron abiertamente fueron los representantes de la República de San Marcos. La actitud de los florentinos era ambigua; pero se creía que imitarían á los venecianos (1); sin embargo, Pío II logró entenderse con ellos por medio de convenios secretos (2); mientras, por el contrario, fracasaron todas sus tentativas de ganar á Venecia. Este Estado libre siguió, con su viejo espíritu mercantil, en la política de proponer condiciones irrealizables; requiriendo, para tomar parte en la guerra, que se le concediera el mando superior de todas las fuerzas navales, la posesión exclusiva del botín que se ganase, que se le resarcieran los gastos, se le dieran 8.000 hombres para guarnecer sus propios barcos, y que se pusiera un ejército de 50.000 caballos y 20.000 infantes en las fronteras de Hungría. El Papa no pudo ocultar su profundo disgusto por la actitud de aquella Potencia marítima con la cual debía contarse en primer término para la grande empresa: «¡Vosotros, venecianos—parece haber exclamado—exigís lo imposible! Verdaderamente es de lamentar la degeneración de vuestra República; y que vosotros, que en otro tiempo armasteis las más poderosas flotas para defensa de la fe, no os halléis ahora en situación de procurar ni un solo barco de guerra. Pero contra los pisanos, contra los genoveses, contra el Emperador y los reyes, habéis sostenido grandes guerras en defensa de vuestros aliados y súbditos; mas ahora, cuando deberíais pelear por Cristo contra los infieles, ¡queréis que se os pague el salario! Si alguno os diera armas no las tomaríais, y sólo proponéis dificultades, para que no se emprenda la guerra; lo cual si así aconte-

(1) Cf. apéndice n.º 31. * Despacho de los embajadores de Sena de 1 de Oct. de 1459. *Archivo público de Sena*.

(2) Por miedo de que los turcos no echasen mano á los buques mercantes florentinos que se hallaban en las aguas de Levante, se había mandado expresamente á los embajadores florentinos que tratasen los negocios con el Papa secretamente, et in luogo secreto. * Instrucción de 26 de Septiembre de 1459; cf. también la * Instrucción de 1 de Oct. de 1459. *Archivo público de Florencia*, X. I. 53.

ciere, vosotros seréis los primeros que sufriréis las consecuencias» (1). Estas palabras no tuvieron efecto, pues los delegados venecianos no otorgaron cosa alguna (2).

Tampoco debió dar mucho gusto al Papa la embajada del rey de Polonia, en la cual la redundancia de las palabras había de encubrir la falta de reales ofrecimientos; de suerte que, aun en el tiempo siguiente, toda la condescendencia de Pío II no fué eficaz para excitar en ellos sentimientos mejores (3).

Los resultados que hasta aquí se habían obtenido eran harto escasos; pero con todo eso, los que rodeaban al Papa los tenían por suficientes para volverse á Roma; mas Pío II estaba muy lejos de dar por terminado su cometido, por cuanto se debía aún esperar á los delegados y príncipes de Francia y Alemania (4).

El duque de Milán se despidió del Papa á 2 de Octubre; y en los últimos días había tenido tantas ocupaciones que, como escribía á su esposa, apenas le quedaba tiempo para comer. A 3 de Octubre salió de Mantua (5).

(1) Pii II. Comment. 85. Cugnoni 197. Campanus 980. Cf. Makuscev II, 228. Son características para explicar la conducta de los venecianos, las **Cartas de 3, 11 y 27 de Oct. de 1459 dirigidas á los embajadores. Sen. Secr. XX, f. 191-194. *Archivo público de Venecia*. Cf. también los despachos del obispo de Módena y de *Otto de Carretto, fechados en Mantua á 29 de Nov. de 1459. *Biblioteca Ambros.*, impresos en Történelmi Tar. IV (1890) 713 s. (en vez de *giusme* hay que leer *gente*). Estos y otros errores de imprenta debían ser un serio aviso para la redacción de dicha revista, para que manden las pruebas á los que envían documentos, ó á lo menos vigilen en Pest con más diligencia la impresión.

(2) A mediados de Enero de 1460 se presentó G. Lolli como embajador del Papa en Venecia, para alcanzar la participación de la República en la guerra contra los turcos, pero lo que consiguió fué tanto como nada. Pormenores sobre estas negociaciones v. in * Sen. Secr. XX, f. 204 ss. *Archivo público de Venecia*.

(3) Caro V, 1, 174 ss. 190. El dato de Schivenoglia (142), de que el embajador polaco no llegó á Mantua hasta el 18 de Noviembre, es ciertamente erróneo, pues su discurso está fechado en el Cod. epist. á 14 de este mes. Cf. I. Friedberg, La política de Casimiro Jaguellón respecto al Papa Pío II, Bohemia y Alemania, y el punto de partida de la guerra con la orden Teutónica (escrito en lengua bohemia). Progr. Przemysl 1901.

(4) Cf. el * Despacho de los embajadores de Sena de 1 Oct. de 1459. *Archivo público de Sena*. A 3 de Oct. de 1459 escribió Pío II á Stephano duci Bossinae: * «Nos cum Dei auxilio et gratia foeliciter tenemus hanc Mantuanam dietam in qua plures ex christianis principibus personaliter venerunt et plurimos venturos speramus. Oratores vero omnium fere nationum adsunt.» Plut. LXXX. Cod. 138 n. 35 de la *Biblioteca Laurenciana de Florencia*.

(5) * Il duca di Milano parti mercoledì a di III di questo et hore XVI. Despacho de los embajadores de Sena, fechado en Mantua á 5 de Oct. de 1459.

En el decurso de dicho mes llegaron también finalmente á dicha ciudad los embajadores del duque Luis de Saboya. A pesar de todas las exhortaciones del Papa, este príncipe, afecto á los franceses, había diferido mandar sus delegados hasta que estuvieran terminadas las deliberaciones con los diputados italianos (1). Cuando sus representantes comparecieron por fin, á 19 de Octubre, en un consistorio público, tuvieron que oír de Pío II una grave oración y casi reprimenda (2). Después de medio día hizo el Papa una excursión á la iglesia de Santa María delle Grazie, santuario de gran veneración situado al otro lado del lago, cinco millas al oeste de la ciudad. Tres días permaneció Pío II en el adjunto monasterio, y el domingo celebró en la capilla de la milagrosa imagen la santa Misa, y concedió indulgencias á todos los fieles que visitaran aquella iglesia el primer domingo de Octubre, y recibieran allí la sagrada comunión (3).

Pío II, después de esta breve expedición, regresó á Mantua, donde se había tenido secreta su ausencia, y hubo de experimentar nuevos disgustos. Las negociaciones preliminares con los diputados alemanes, comenzadas á 2 de Octubre, no adelantaban, y todavía faltaban los representantes del Emperador. Como orador de la embajada del archiduque Alberto, venía *Gregorio Heimburg*, abogado áspero y falto de miramientos, que se propuso intencionadamente molestar al Papa y escarnecerle. En la audiencia que se le concedió á 29 de Octubre, permaneció, contra la costumbre, con la cabeza cubierta, y su discurso estuvo lleno

Schivenoglia indica equivocadamente el 4 de Oct. Cf. en el apéndice n.º 28, 32 y 33, las * cartas de Sforza de 29 de Sept., 1 y 2 de Oct. de 1459. *Archivo público de Milán*.

(1) Schivenoglia (141) hace ya llegar los embajadores saboyanos el 9 de Oct.; la inexactitud de esta fecha se saca de un ** Breve de 10 de Oct. al obispo de Turín, Lib. brev. 9, f. 84; cf. en el apéndice n. 12, 20 y 30, los breves de exhortación al duque de 1 de Junio, 6 de Agosto y 30 de Septiembre de 1459. *Archivo secreto pontificio*. Yo he hallado un cuarto * Breve exhortatorio de 3 Sept. en la p. 57 n. 5 del código mencionado de la *Bibl. Laurenc. de Florencia*.

(2) * «El papa ieri mattina fe concistoro publico per la venuta di m' ambasciatori del duca di Savoia, quali anno facto grandissime offerte publice.» Despacho de los embajadores de Sena, fechado en Mantua á 20 de Oct. de 1459. *Archivo público de Sena*. El discurso de Pío II en Mansi II, 204-205.

(3) Cf. Pellegretti, Madonna d. grazie 39 ss., 54, 64; Wadding XIII, 151. Schivenoglia (141) retrasa la partida de Pío II al 22 de Oct., lo cual es falso; el 19 de Oct. es también la fecha indicada en el * Despacho de los embajadores de Sena, citado en la nota anterior. *Archivo público de Sena*.

de frases sarcásticas. Heimburg habló todavía otras dos veces ante el Papa, en nombre del duque Guillermo de Sajonia y del duque Sigmundo del Tirol, el cual compareció personalmente á 15 de Noviembre; y en esta última oración tuvo la avilantez de recordar las cartas de Eneas Silvio Piccolomini al joven Sigmundo, cuya remembranza había de ser en extremo desagradable para el Papa (1).

El Duque tirolés había venido por causas enteramente distintas de la guerra contra los turcos; pues lo que le traía á Mantua era simplemente su contienda con el cardenal de Cusa, que ya antes se había presentado al Papa (2).

No se mostraron más celosas las diferentes diputaciones que llegaron de Francia y Alemania en la segunda mitad de Noviembre. Ya era extraño que los delegados de estas dos principales Potencias, que hubieran debido ser los primeros, se presentaran ahora, hacia el fin del congreso; pero esto hubiera sido todavía perdonable, si al menos entonces hubieran mostrado alguna propensión en favor del gran plan que llenaba el alma del Papa.

Hasta qué punto se mostrara el rey Carlos VII de Francia hostil al proyecto de cruzada del Papa, se desprende del hecho de haber, precisamente entonces, empleado, por medio de sus delegados en Venecia, todos los medios para retraer al gobierno de aquella República de tomar parte en la guerra contra los turcos (3); y á esto correspondió enteramente el comportamiento de los diputados franceses en Mantua. A 14 de Noviembre entraron éstos en la ciudad del congreso, y al propio tiempo comparecieron los embajadores del rey Renato y del duque de Bretaña (4).

(1) Voigt 77-78, 100-101, y especialmente la excelente monografía de Joachimsohn sobre Heimburg 105 s. 165-166, 176.

(2) Schivenoglia (142) indica por error como día de la llegada de Cusa el 24 de Oct.; cf. lo contrario en el Breve de Pío II de 6 Oct. que se halla en Jäger I, 330-331.

(3) Cf. Bibl. de l'École des chartes 1841, III, 184 s.; 1889, L 559 s. y Dansin, Hist. de Charles VII, 409 s.; cf. Beaucourt VI, 251 s. Que Pío II reconociese al punto la verdadera significación de la embajada francesa á Venecia, aparece claro por la *Relación de los embajadores de Sena, fechada en Mantua á 5 de Oct. de 1459. *Archivo público de Sena*. En el mismo sentido hizo valer Carlos VII su influjo en Génova; v. *Giornale Ligustico di arch. storia dir. da Belgrano e Neri* 1876, III, 132 s.

(4) Pii II Comment. 85 ss. Jean de Reilhac I, 78 ss. Mathieu d'Escouchy II, 393-394. Carta de Jean de Chambes en la Bibl. de l'École des chartes 1841, III, 195. Relación de Nicolás Petit publicada por d'Achery III, 806 s., y la Relation

Finalmente llegaron también á Mantua los representantes del Emperador: el marqués Carlos de Baden, los obispos de Eichstätt y Trento (1). La primera audiencia de los franceses, á 21 de Noviembre, en la que prestaron su obediencia, transcurrió pacíficamente; Pío II insistió expresamente, en su alocución, sobre la plenitud de la potestad pontificia: nadie debía imaginarse que por la autoridad de los Concilios se pudiera limitar la potestad de la Sede de Pedro, comunicada por el mismo Dios; nadie podía oponer las opiniones de cualesquiera teólogos, las cuales habían sido ya rechazadas por el concilio de Florencia; todos los príncipes católicos están sometidos á la Iglesia Romana (2).

La deliberación acerca de los negocios de Nápoles, solicitada por los delegados, tuvo lugar á 30 de Noviembre (3), y á ella acudieron también los diputados del rey Renato y de los genoveses, y además el marqués de Baden, bien que no con carácter de enviado imperial; y asimismo los representantes de los duques de Bretaña y Saboya; pero no se hallaron presentes los plenipotenciarios de Borgoña y Venecia, ni tampoco Sigmundo del Tirol tomó parte en aquella audiencia, pues inmediatamente antes de ella se había marchado de improviso, con dolor del Papa, sin esperar la resolución de su contienda con el cardenal de Cusa. El orador de los franceses se extendió en primer lugar en los más exagerados elogios de «la nación de las flores de lis» y de sus reyes, procurando demostrar los derechos de éstos al reino de Nápoles, y luego dirigió al Papa los más acerbos reproches por su política italiana: la infeudación de la corona á Ferrante

de l'ambassade envoyée par Charles VII à Mantoue, publicada por M. de Beaucourt en el *L'Annuaire Bulletin de la Soc. d'hist. de France*, t. II, París 1864, donde se halla la fecha exacta de la entrada de los embajadores, la cual Voigt (III, 81), por error, retrasa al 16 de Noviembre. Cf. también Magenta I, 436 y de Beaucourt VI, 254 ss.

(1) Según Schivenoglia (142), el margrave de Baden y el obispo de Trento hicieron su entrada en Mantua el 17 de Noviembre, á caballo y con un acompañamiento de 340 ginetes. El obispo de Eichstätt, probablemente no llegó hasta el 22 de Noviembre (v. Joachimsohn 166, n. 3; aquí también sobre el discurso de este prelado). El discurso que Nicolás de Wyle dirigió al Papa para disculpar la tardanza del margrave Carlos de Baden, está impreso en la *Zeitschrift f. vergl. Literaturgesch.* N. F. I, 349 s.

(2) Mansi II, 31-37. Cf. la n. 1 de la citada fuente y Voigt III, 83.

(3) Pii II Comment. 87. Voigt III, 84 ss.; cf. el interesante *Despacho de los embajadores de Sena de 1 de Dic. de 1459 (*Archivo público de Sena*) y el de Otto de Carretto del mismo día. *Bibl. Ambros.*; v. apéndice n. 35.

había sido una injuria contra la Casa de Francia, y el haber negado á Piccinino el paso por los Estados de la Iglesia, una injusticia. Terminó requiriendo directamente al Papa á dejar sin fuerza todo lo hecho en favor del Ferrante, y dar al rey Renato la investidura de Nápoles. El Papa, que había escuchado el discurso con mucha paciencia, contestó sólo pocas palabras: que hasta ahora había obrado siempre en los negocios de esta clase de acuerdo con el Sacro Colegio, y que tampoco en la presente ocasión pensaba apartarse de esta costumbre. Al propio tiempo exigió á los franceses que, conforme á los usos de la Curia, le presentaran por escrito sus peticiones.

Al siguiente día recibió Pío II á los delegados imperiales y á los otros de Alemania, y luego, ya muy tarde, á los del duque de Bretaña; á los cuales elogió particularmente porque su Señor había rechazado la Pragmática sanción y permanecido fiel á la Santa Sede (1). En los días siguientes el Papa hizo anunciar que se hallaba enfermo.

Entretanto los franceses presentaron sus peticiones por escrito (2), y la respuesta que Pío II les dió de palabra, es una obra maestra en su género (3); no negaba él, dijo en el exordio de este discurso que duró tres horas, que era pecador; pero quería que le convencieran de haber cometido una injusticia grave contra la nación francesa. La Iglesia había recibido muchos servicios de Francia; pero no menos Francia de la Iglesia. Exigíansele cosas imposibles; al arzobispo de Génova no podía trasladarlo sin violación del Derecho canónico, según el cual los obispos no pueden sin inquisición ser trasladados contra su voluntad; cuanto á lo que se había hecho respecto de Nápoles, tenía en su favor la

(1) Cf. el * Despacho de los embajadores de Sena, citado en la p. 129 n. 3, y el del embajador de Milán de 1 de Dic. de 1459. Sobre la audiencia de los embajadores británicos, v. Voigt III, 89.

(2) * Propositiones legatorum regis Franciae factae in conventu coram S. D. N. Pío II, 1459. Cod. 215 f. 73 ss. de la *Bibliot. pública de Munich*.

(3) Juicio de Voigt III, 85. El discurso ha sido publicado por Mansi II, 40-72, d'Achery III, 811-820, así como en la edición de A. de Tummullis 233 s. (ciertamente con la falsa fecha 1462) y en muchos manuscritos, v. gr., en *Salzburgo* (Bibl. de S. Pedro B. VIII, 15, f. 98); *París* (Bibl. nacional Ms. lat. 12532); *Ravena* (Bibl. Clas.), se ha extendido hasta Sicilia; allí se halla, según amable comunicación del prof. Gaetano Millunzio, en *Monreale*, en un códice proveniente de la herencia de un partidario de la casa de Aragón, Auxias Despuig de Podio, Arzobispo de Monreale 1458-1483; v. Pirri, *Sicilia sacra* I, 404-405.

razón y el derecho. En lo siguiente se extendió Pío II acerca de las anteriores relaciones entre este Reino y la Sede Romana; y así como para defender la mudable política de sus predecesores, echó mano de las diferentes necesidades de los tiempos, así justificó también su manera de proceder por la fuerza de las circunstancias. El no había excluido del Reino meridional de Italia á los franceses, sino los había ya encontrado excluidos de él. «Ferrante había sido reconocido en Capua por los barones de su Reino; y ni una sola voz se había levantado allí en favor de Renato de Anjou. Las principales potencias de Italia: Venecia, Milán y Florencia, Nos rogaron que le otorgáramos la investidura, y en caso de haberla rehusado, amenazaba á la Iglesia una guerra por extremo peligrosa. Sólo entonces hubiéramos podido preferir al pretendiente francés, si se hubiera hallado tan cerca y hubiera sido tan poderoso como Ferrante. Y por esto Nos resolvimos, en atención al peligro que amenazaba al Estado de la Iglesia, y á la guerra tan necesaria que debe hacerse contra los turcos, á conceder la investidura á Ferrante; la coronación de éste no fué más que una consecuencia de dicho paso, que la necesidad Nos había impuesto.» Por lo demás el Papa no había ofendido nunca al rey Renato, por más que había recibido de éste varias ofensas y desengaños; ante todo, le había sido extraordinariamente doloroso que, precisamente mientras se celebraba este congreso de Mantua, dirigiera una flota contra Nápoles, perturbando así la tranquilidad de Italia. Si, finalmente, se exigía ahora de él que declarara inválido, en obsequio de Renato, todo lo que había hecho en favor de Ferrante, esto no era posible sin oír primero al actual poseedor del reino de Nápoles. El Papa no había quitado al rey Renato sus derechos al trono, ni siquiera se los había disputado; ¿cómo podía, pues, ahora privar á Ferrante de su posesión sin prestarle oídos? Si se quería seguir el camino del derecho, se había de empezar por deponer las armas, y entonces él se mostraría justo juez.

Por lo tocante á la otra exigencia de que concediera á Piccinino paso libre por el Estado de la Iglesia, continuó Pío II, convenía tomar en consideración, cuán engañosas solían ser las seguridades que daban tales capitanes de mercenarios. Con palabras graves exhortó el Papa á que los cristianos conservaran entre sí la paz por causa del peligro de los turcos; y dijo, que en